

## RESUMEN/ABSTRACT

Este artículo propone un marco de referencia para el estudio de las interacciones entre las sociedades humanas y el mundo natural, y de sus consecuencias para ambas partes a lo largo del tiempo en Panamá. Además de una caracterización general de las ecorregiones del Istmo, propongo cortes periódicos correspondientes a estrategias sucesivas de relación humana con el medio natural, distinguidas en virtud de las tecnologías utilizadas y las relaciones sociales correspondientes.



*This article proposes a framework for the study of the interactions between human societies and the natural world, and the consequences of these interactions for both parts along time in the Isthmus of Panama. So, after a general characterization of the Isthmus's eco regions, a historical periodization is proposed in correspondence with successive human strategies of interaction with the natural world, differentiated in terms of the technologies employed and the corresponding social relations.*

**KEY WORDS: ENVIRONMENTAL HISTORY • PANAMA • CANAL • TRANSITISM • CRISIS**

Recepción: 30/06/06 • Aceptación: 09/01/07

# El Istmo en el mundo. Elementos para una historia ambiental de Panamá

**GUILLERMO CASTRO HERRERA\***

Fundación Ciudad del Saber, Panamá

## LA HISTORIA AMBIENTAL

**L**a república de Panamá ingresó al siglo XXI con graves problemas ambientales que van desde la destrucción de los recursos forestales, la biodiversidad, el deterioro y la erosión de sus tierras agrícolas y ganaderas, la contaminación de sus aguas interiores y litorales, hasta el crecimiento urbano desordenado que existe, sobre todo, en la región metropolitana.<sup>1</sup> Esta situación —aun cuando se inserta en un panorama más amplio—,<sup>2</sup>

**PALABRAS CLAVE:**

**HISTORIA AMBIENTAL**

**PANAMÁ**

**CANAL**

**TRANSITISMO**

**CRISIS**

\* gcastro@cspanama.org

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, Autoridad Nacional del Ambiente, *Panamá. Informe Ambiental 1999*, Panamá, Panamá, Autoridad Nacional del Ambiente, 1999, pp. 9–32.

<sup>2</sup> Véase Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), *GEO 2000. América Latina y el Caribe. Perspectivas del medio ambiente*, San José, Costa Rica, programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, 2000, p. 9.

se vincula a la desintegración de las estructuras de relación de la sociedad panameña con su entorno natural conformadas a partir de la organización que hizo Estados Unidos del tránsito interoceánico como actividad industrial entre 1904 y 1977.

A mediados del siglo XX, esas estructuras de relación habían dado lugar a un paisaje caracterizado por cuatro tipos de contraste entre áreas diferentes:

- 1 El contraste entre la que fue la zona del Canal con las áreas urbanas de Panamá y Colón, que constituyó el rasgo fundamental del paisaje en el corredor interoceánico.
- 2 El contraste entre el paisaje del corredor interoceánico con el del interior del país en su conjunto.
- 3 El contraste entre el paisaje de la sabana agroganadera con los de los enclaves agroexportadores de la zona limítrofe con Costa Rica vinculados, a su vez, al espacio centroamericano y a los de las zonas de agrosilvicultura del Atlántico y el Darién, ésta última vinculada al espacio chocoano.<sup>3</sup>
- 4 Los paisajes de las áreas de transición entre aquellas zonas de contraste: la actual comarca Ngöbe, entonces región guaymí; la región centro occidental del Atlántico, entre los ríos Calovébora e Indio, y la cuenca media y baja del río Bayano.

Actualmente, la articulación interna de ese conjunto de paisajes se encuentra en crisis debido al agotamiento de los vínculos entre las técnicas de producción y las de encuadramiento social que la sostuvieron hasta el último cuarto del siglo



<sup>3</sup> Francis Hallé designa como *agrosilvicultura* a la agricultura tropical “auténtica, la que existía antes de la época colonial y que [...] reaparece espontáneamente cada vez que se deja al campesino en libertad de crear y trabajar a su gusto”, la cual es “mucho más compleja” que los monocultivos de plantación agroexportadora usualmente asociados con la modernidad. Salvo excepciones, dice: “el campesino tropical no busca transformar de modo profundo y definitivo su ecosistema natural. Prefiere modificarlo suavemente, conservando sus características esenciales de biomasa, diversidad genética, estructura vertical y horizontal [se trata de una agricultura itinerante que] le da al bosque una estructura horizontal formada por parcelas situadas una al lado de la otra, unas recientes y otras en diversas etapas de reconstitución [y constituye de hecho] una imitación de la estructura en mosaico [...] del bosque natural, con sus zonas de árboles caídos [...] y las diversas etapas del regreso al bosque de altura”. Francis Hallé, *Un mundo sin Invierno*, México, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 175-176.

XX.<sup>4</sup> Una situación de tal complejidad demanda un abordaje que, desde las experiencias del pasado, nos ofrezca luces nuevas acerca de las perspectivas de las relaciones entre los seres humanos y el medio natural en Panamá. De esto trata, precisamente, la historia ambiental, ya que se ocupa de las interacciones entre las sociedades humanas y el mundo natural, así como de las consecuencias de esas interacciones para ambas partes a lo largo del tiempo.<sup>5</sup>



<sup>4</sup> Las técnicas de encuadramiento social incluyen componentes de producción simbólica, cultural y religiosa, y sus correspondientes infraestructuras, en todo lo que va desde la reapropiación por sistemas culturales sucesivos de un mismo conjunto de sitios con valor religioso —un proceso de muy larga duración—, hasta elementos *modernos*, como las redes escolares. Pierre Gourou, *Introducción a la geografía humana*, Madrid, España, Alianza Universidad, 1984.

<sup>5</sup> Para el historiador estadounidense Donald Worster, esa historia se constituye a partir de tres premisas esenciales: a) que las consecuencias de las intervenciones humanas en la naturaleza a lo largo de los últimos 100 000 años, al menos, forman parte indisoluble de la historia de nuestro planeta; b) que nuestras ideas sobre la naturaleza tienen un carácter histórico, se imbrican de múltiples maneras con intereses, valores y conductas referidos a otros planos de nuestra existencia y desempeñan un importante papel en nuestras relaciones con el mundo natural y c) que los actuales problemas ambientales tienen su origen en las intervenciones humanas en los ecosistemas de ayer. La historia ambiental asume estas premisas en tres áreas de relación vinculadas entre sí: a) el medio biogeofísico natural en que tiene lugar la actividad humana; b) las relaciones entre las tecnologías de que se vale esa actividad, por un lado, y las consecuencias para la organización social humana —desde emigraciones o inmigraciones masivas, hasta el surgimiento o desaparición de grupos sociales completos— de la reorganización de la naturaleza producida por tales intervenciones y c) la *cultura de la naturaleza*, esto es, la experiencia histórica acumulada en los valores, normas, representaciones y conductas que expresan las contradicciones subyacentes a las formas de relación con el mundo natural dominantes en cada sociedad. Véase Donald Worster, *Transformaciones de la Tierra*, Panamá, Panamá, Universidad de Panamá/Ciudad del Saber/Instituto Interamericano de Cooperación en la Agricultura, 2001. En relación con la cultura de la naturaleza, por otra parte, cabe recordar cómo ha ido cambiando la valoración del trópico y sus habitantes desde los tiempos del enorme éxito de la novela *La Vorágine* de José Eustacio Rivera, hasta las preocupaciones contemporáneas por la protección de la biodiversidad y del legado cultural de los pueblos indígenas. Véase David Arnold, *La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y la expansión de Europa*, México, México, Fondo de Cultura Económica, 2000. Para Panamá, véanse los trabajos de Stephen Frenkel, “Geography, empire, and environmental determinism”, en *The Geographical Review*, vol. 82, núm. 2, 1992, pp. 143-153 y “Jungle stories: North American representations of tropical Panama”, en *The Geographical Review*, vol. 86, núm. 3, 1996, pp. 317-333.

Esta perspectiva tiene complejidades que requieren especial atención. Germán Palacio, por ejemplo, advierte que la historia ambiental vincula entre sí los tiempos de la acción humana con los de la historia natural, proyectándose hacia el pasado, que en el caso de nuestra especie abarca unos cuatro millones de años, pero también hacia la prefiguración de opciones en el futuro que exceden con mucho los horizontes de *largo plazo* que usualmente utilizan las ciencias sociales.<sup>6</sup> En cuanto a sus espacios, si en un sentido amplio la historia ambiental se refiere a la expansión de nuestra especie por el planeta, en un sentido más restringido se constituye a escala de una economía con relaciones sociales y políticas que funcionan como un mercado y un sistema mundiales en construcción, a lo largo de los últimos 500 años, en cuyo marco, el ambiente se ha constituido en un fenómeno global.

En el caso del continente americano, por ejemplo, esto se hace evidente en las sustantivas diferencias entre aquellas dos grandes fases, anterior y posterior al siglo XVI, definidas por el momento de incorporación de esta región a la economía-mundo europea. En los procesos de transición entre esas fases, además, resalta la complejidad de las contradicciones entre la voluntad humana y los factores de orden natural y sociocultural que condicionan de uno u otro modo el ejercicio de esa voluntad y generan una diversidad de transacciones entre el viejo orden y los nuevos fines, que se traduce en transformaciones en la dinámica demográfica y en las formas de vida cultural, social y política de la población, asociadas a la distribución de los costos y los excedentes que resulten de esas formas de producción y uso de los recursos naturales.

Aun cuando en el caso de Panamá esos problemas requieren de un abordaje sistemático, ya existen textos pioneros de gran valor,<sup>7</sup> además del creciente inte-



<sup>6</sup> Germán Palacio, "Historia tropical: a reconsiderar las nociones de espacio, tiempo y ciencia", en Germán Palacio y Astrid Ulloa (eds.), *Repensando la naturaleza. Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental*, Bogotá, Colombia, Universidad Nacional de Colombia—Sede Leticia/Instituto Amazónico de Investigaciones/Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2002, p. 68.

<sup>7</sup> Omar Jaén Suárez, *La población del Istmo de Panamá. Desde el siglo XVI hasta el siglo XX. Estudio de geohistoria*, Madrid, España, Agencia Española de Cooperación Internacional, 1998; Dolores Piperno y Deborah Pearsall, *The Origins of Agriculture in the Lowland Neotropics*, San Diego, Estados Unidos, Academic Press, 1998; y las obras de Richard Cooke, "La pesca en estuarios panameños: una visión histórica y cultural desde la Bahía de Parita", en Stanley Heckadon Moreno (comp.), *Panamá: Puente biológico*, Panamá, Panamá, Instituto Smithsonian de

rés por el tema ambiental en historiadores como Alfredo Castellero Calvo, quien aborda los problemas de la organización del imperio español en América a partir de la convicción de que éste se encontraba “más bien condicionado por los dictados ecológicos del mundo físico, que apoyado en las racionalizaciones creadas en Madrid o Sevilla”.<sup>8</sup> Todo esto enriquece las posibilidades de una lectura en clave ambiental del amplio número de crónicas, testimonios y estudios de la geografía y la naturaleza del Istmo, que se acumularon desde el siglo XVI y se multiplicaron a partir de mediados del siglo XIX, al calor de las iniciativas francesa y estadounidense para la construcción de un canal interoceánico en Panamá.

Sin embargo, esto sólo es un punto de partida abstracto que debe ser remitido, en primer término, al medio biogeofísico concreto donde tiene lugar el proceso histórico que nos interesa comprender.

## EL MEDIO BIOGEOFÍSICO<sup>9</sup>

La unidad básica de análisis de la historia ambiental es el ecosistema, una noción que puede tener un alcance insospechado. Anthony G. Coates, por ejemplo, al describir el proceso de formación del Istmo de Panamá a lo largo de 15 000 000 de años, indica cómo —a partir del momento en que quedaron vinculadas entre sí las masas terrestres norte y sudamericana 4 000 000 de años atrás— se iniciaron los procesos de contacto y migración de especies animales y vegetales que hasta entonces habían evolucionado en completo aislamiento. Al mismo tiempo, se alteraba el régimen de corrientes marinas del Atlántico, que dirigía hacia el Norte aguas cálidas que antes fluían al Pacífico, contribuyendo, con mayor humedad atmosférica, a la formación de los glaciares de las edades de hielo de los últimos



Investigaciones Tropicales, 2001, pp. 45-53; “Cuidando a los ancestros: rasgos mortuorios precolombinos en cerro Juan Díaz, Los Santos”, en Stanley Heckadon Moreno, *op. cit.*, 2001, pp. 54-62 y “The native peoples of Central America during Precolumbian and Colonial times”, en Anthony G. Coates (ed.), *Central America. A natural and cultural history*, Connecticut, Estados Unidos, Yale University Press, 1997, pp. 137-176.

<sup>8</sup> Alfredo Castellero Calvo, “Los transportes y las vías de comunicación en Hispanoamérica”, en *Historia general de América Latina*, vol. III: *Consolidación del orden colonial*, tomo 1, Madrid, España, Ediciones UNESCO/Trotta, 2001b, p. 359.

<sup>9</sup> Salvo alguna indicación específica, esta sección se ciñe a lo planteado en Ligia Herrera, “Panamá: panorama geográfico-ecológico”, en Ligia Herrera, *El País que somos. 30 años de geografía humana en Panamá*, Panamá, Panamá, Universidad de Panamá/Instituto de Estudios Nacionales, 2003, pp. 35-40.

2 000 000 de años, además de modificar el clima, el ambiente y, finalmente, la historia humana en África y Europa.<sup>10</sup>

En todo caso, para la finalidad de este artículo, el hecho fundamental radica en cómo los ecosistemas que sostienen la vida en el territorio panameño forman parte del conjunto mayor el cual vincula entre sí el espacio mesoamericano–caribeño y el correspondiente al gran ecosistema Amazónico–Pacífico–Darién.<sup>11</sup> Ese vínculo opera a través de un estrecho Istmo, ubicado entre los siete y los diez grados de latitud norte, con las características climáticas propias del trópico: altas temperaturas con escasa oscilación máxima y mínima durante todo el año, elevado contenido de humedad en las masas de aire y lluvias abundantes. Por otra parte, siendo un centro de altas temperaturas, y por consiguiente de bajas presiones atmosféricas, en el Istmo convergen los vientos que soplan desde los centros de altas presiones, al Norte y al Sur, más allá del trópico.

A pesar de que sólo tiene 76 082 kilómetros cuadrados, la forma del Istmo permite más de 2 000 kilómetros de costas y más de 1 600 islas ubicadas en su amplia plataforma continental cubierta por aguas poco profundas. Un eje montañoso formado por cerros escabrosos divide al país en dos vertientes: la del Caribe y la del Pacífico. Aunque este sistema montañoso cubre más de la mitad del territorio, las tierras con alturas mayores a los 1 000 metros representan una baja proporción del total. El sistema montañoso, por otra parte, se acerca mucho más a la costa del Caribe que a la del Pacífico, determinando así que los ríos de la vertiente oriental sean, por lo general, más cortos y torrentosos.



<sup>10</sup> Anthony G. Coates, “En la historia geológica, Panamá ha cambiado al mundo”, en Stanley Heckadon Moreno, *op. cit.*, 2001, pp. 23-24.

<sup>11</sup> Para Jorge Morello, R. Burkart y B. Marchetti, además, el gran ecosistema Amazónico–Pacífico–Darién reúne “los ecosistemas superhúmedos tropicales de la cuenca del Amazonas con los de la costa pacífica colombo–ecuatoriana, desde el golfo de Darién hasta la desembocadura del río Guayas en el Pacífico. Se trata de selva pluvial tropical siempre húmeda de llanura o llanura colinada de baja energía del relieve”. Los autores identifican ocho ecosistemas en el espacio mesoamericano–caribeño, que sintetizan mediante la clasificación “muy popular en el trópico americano” de tierra caliente, templada y fría. De ellos, sólo el tercero —manglares y popales— es considerado como “netamente transgresivo a través del Istmo panameño”. R. Burkart, B. Marchetti y Jorge Morello, “Grandes ecosistemas de México y Centroamérica”, en Gilberto C. Gallopin (comp.), *El futuro ecológico de un Continente. Una visión prospectiva de la América Latina*, tomo 1, México, México, Editorial de la Universidad de las Naciones Unidas/ El Trimestre Económico/Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 42-43 y 104.



En el sector occidental del país, cercano a la frontera con Costa Rica, las montañas constituyen un gran bloque de tierras altas frente al cual se encuentra antepuesto, hacia el lado del Pacífico, el volcán Barú. A medida que avanza hacia el Este, el cordón cordillerano va perdiendo altura hasta convertirse en un conjunto de bajas colinas en la parte central del Istmo, que es también la parte más estrecha. De allí hacia el Este, la cordillera se acerca mucho a la costa del Caribe y comienza de nuevo a elevarse, alcanzando las mayores alturas regionales en la frontera con Colombia.

Además de este sistema montañoso, hay otros menores que se encuentran ubicados en distintos sectores del país, especialmente en el área meridional, donde



forman dos grupos pequeños de bloques aislados: el de las montañas de Chimán y río Congo, y el de los Macizos y Cadenas Volcánicas Meridionales situado al suroeste del Istmo, en la península de Azuero y en una franja que ocupa el sector Oeste del Golfo de Montijo, la cual, con rumbo Norte se extiende hasta la Cordillera Central.

En ambos lados del eje del sistema montañoso principal, entre la cordillera y el mar, se extiende una faja de tierras bajas formada por llanuras planas o poco onduladas en las cuales existen áreas de pequeños cerros y lomas. En la costa sur, las llanuras alcanzan amplitud en Chiriquí y desaparecen prácticamente en las cercanías de Veraguas. Posteriormente, retoman importancia en esa provincia y siguen desarrollándose hacia el Oeste, alternando con algunos cerros de escasa magnitud hasta las cercanías del Istmo central. En la península de Azuero bordean en forma estrecha el macizo de cerros que allí existe.

En la parte sureste del país aparece, además, otra llanura interior, comprendida entre las cordilleras de San Blas y Darién y los cerros del Arco Oriental. Este amplio espacio interior constituye las cuencas de los ríos Chepo y Chucunaque, cuyas cabeceras, muy cercanas una de la otra, se encuentran separadas por cerros de muy escasa altura. Por ese extenso espacio plano o de escaso declive, ambos ríos, con sus numerosos afluentes, corren calmadamente en direcciones opuestas y con un impresionante caudal de aguas.

Esta organización general del territorio origina una variada situación climática. Así, las diferentes condiciones de altura y de exposición a los vientos del noreste cargados de humedad, dan lugar a tres fajas climáticas principales que conforman el siguiente panorama:

- La faja de *tierras bajas calientes* situada en la vertiente del Caribe —entre el nivel del mar y 600 metros— y en la vertiente del Pacífico —entre el nivel del mar y 700 metros— abarca más de 76% del territorio de Panamá y en ella predomina la superficie ondulada y en ocasiones muy disectada.
- La faja de *tierras templadas* —también conocida como subtropical— situada entre 600 o 700 metros, según la vertiente en que se ubique, y 1 500 metros de altura, ocupa 18% de la superficie.
- La faja de *tierras frías* de más de 1 500 metros de altura, que ocupa poco más de 5% del país.

Debido a la influencia que ejercen los factores descritos en el medio natural, las formaciones vegetales de Panamá conforman un panorama muy diferenciado. Las asociaciones vegetales en las tierras bajas incluyen desde sabanas y bosques tropicales secos ubicados en áreas específicas de la vertiente del Pacífico, hasta bosques tropicales húmedos que se distribuyen principalmente en la vertiente del Caribe —aunque también aparecen en áreas bien determinadas del Pacífico expuestas a los vientos del suroeste—. Existe, además, una variada gama transicional. En las tierras altas, las asociaciones también varían entre bosques subtropicales húmedos en alturas que van de 600-700 a 1 500 metros y bosques muy húmedos de montaña, con gradaciones entre unos y otros que dependen sobre todo del grado de humedad existente debido a las mayores o menores precipitaciones locales.

A estas asociaciones vegetales hay que añadir las que se desarrollan en suelos aluviales sujetas a la influencia de las mareas o a inundaciones periódicas, ubicadas a lo largo de las costas bajas y de los estuarios de los ríos. Las principales asociaciones de este tipo son los bosques de mangle que se desarrollan con frecuencia en ambas costas del país, siendo especialmente abundantes en sectores de las costas de Bocas del Toro, Chiriquí, Veraguas, el Golfo de Parita y en las provincias de Panamá y Darién.

Las áreas más áridas, como las del Golfo de Parita, en la región suroeste —de clima benigno, topografía poco accidentada, vegetación menos densa, cultivo más fácil y menor número y variedad de insectos y plagas que dificultan la vida o alteran la salud humana— acogieron desde muy temprano los asentamientos humanos. En ese lugar y a partir de él, en interacción con el resto del territorio, se desplegó, en lo fundamental, la historia de las interacciones entre los humanos y el medio natural en Panamá hasta finales del siglo XIX.

## **ANTES DE EUROPA**

### **El paisaje inicial**

En sentido estricto, la historia ambiental de Panamá se remonta al momento de ingreso de los primeros humanos al Istmo, hace 11 000 años.<sup>12</sup> Los ecosistemas



<sup>12</sup> Hay un grado de convencionalidad en la datación prehistórica, que puede confundir a quien no es un especialista en la materia. Así, por ejemplo, la cifra de 11 000 años antes de nuestra era (en adelante, a.n.e.) —equivalente

que encontraron aquellos primeros inmigrantes eran el resultado de un complejo y prolongado proceso formativo que incorporaría, además, el impacto gradualmente acumulado de la actividad de la nueva especie en aquel entorno, cuya presencia se vio vinculada, a su vez, con otros procesos naturales correspondientes al periodo final de la última glaciación. Así, aun cuando ya se encontraba avanzada la formación de condiciones climatológicas y de ecosistemas muy parecidos a los actuales, persistían circunstancias diferentes a las de hoy.

Las aguas del mar estaban situadas a 50 metros bajo el nivel actual y una porción apreciable de los actuales Golfos de Panamá y de Chiriquí constituían llanuras costeras de relieve plano o suavemente ondulado.<sup>13</sup> La temperatura media era cinco o seis grados centígrados más fresca que la actual, la línea inferior del bosque montano estaba por debajo de los 800 metros y ocurrían interacciones más intensas entre éste y el bosque de tierras bajas en una franja de transición que entonces se ubicaba en los 500 metros de altura. Aunque las temporadas secas eran más prolongadas, tendían a estabilizarse y acortarse, de modo que a lo largo de los últimos 8 000 años el clima “ha sido más o menos semejante al que hemos conocido en tiempos históricos”. Esto sugiere un paisaje original formado por “un mosaico de comunidades de plantas”, en el que el bosque tropical “ocupaba mucho de las tierras bajas, pero estaba interpenetrado por nuevas comunidades de plantas provenientes de las amplias laderas medias y altas, que incluían arboledas menos densas y probablemente matorrales”, a través de las cuales podían abrirse paso grandes herbívoros.<sup>14</sup>

El mismo proceso de estabilización parece haber ocurrido en la fauna. Después del intercambio inicial de especies entre el Norte y Sur de América, ocurrido a partir de la formación del puente terrestre centroamericano, el avance del bos-



aproximado de 9 000 años antes de Cristo (en adelante, a.C.)— es utilizada para referirse a las primeras evidencias conocidas de presencia humana en el Istmo. Autores como María Victoria Uribe señalan, para el caso de Colombia, que los primeros pobladores de ese territorio “fueron grupos de cazadores y recolectores que hacia el doceavo milenio a.n.e. entraron por el Istmo de Panamá”. María Victoria Uribe, “Las sociedades del Norte de los Andes”, en *Historia general de América Latina*, vol. I: “Las sociedades originarias”, Madrid, España, Ediciones UNESCO/Trotta, 1999, p. 322.

<sup>13</sup> Omar Jaén Suárez, *Hombres y ecología en Panamá*, Panamá, Panamá, Editorial Universitaria/Smithsonian Tropical Research Institute, 1981a, p. 14.

<sup>14</sup> Paul Colinvaux, “The history of forests on the Isthmus from the Ice Age to the present”, en Anthony G. Coates, *op. cit.*, 1997, pp. 127–136.

que tropical en las tierras bajas, iniciado hace 800 000 años, bloqueó el paso hacia el Sur de los grandes mamíferos provenientes de Nicaragua vinculados a hábitats de praderas —ciervos de gran cornamenta, mamuts, bisontes—, que habían ingresado al continente desde Asia por el puente terrestre de Behring.<sup>15</sup> En el periodo de ingreso de los humanos al Istmo, no parecen haber existido grandes herbívoros debido a que sufrieron las extinciones masivas ocurridas en Norteamérica hace 11 000 años, pero abundaban, en cambio, mamíferos de menor tamaño como el venado de cola blanca o el zaíno y carnívoros como el jaguar. Por otra parte, el ascenso del nivel del mar sobre las llanuras costeras entre 9350 y 6550 a.C. causado por la última glaciación —a razón de un centímetro por año— favorecía el desarrollo de amplios manglares y, con ello, de litorales ricos en vida marina. Estaban creadas, así, las condiciones que posteriormente desempeñaron un papel importante en la historia ambiental.

### Primeros impactos humanos

Aunque sabemos poco de los primeros humanos que ingresaron al Istmo, no se puede subestimar de antemano su capacidad para incidir sobre el medio natural. Se trataba, en efecto, de representantes evolucionados de la especie humana que disponían de tecnología básica —que incluía de manera destacada la producción y utilización del fuego— y de la capacidad para utilizarla y desarrollarla para adecuar el entorno a sus necesidades<sup>16</sup> incluso en condiciones de aislamiento respecto a los otros grandes focos de cambio cultural creados por los humanos en Eurasia y África. De ese modo, actuaron como la vanguardia de su especie en lo que después fue el Nuevo Mundo, recorriendo junto al resto de sus semejantes importantes fases de una misma ruta evolutiva a lo largo del enorme lapso de tiempo anterior a la conquista europea.

Dolores Piperno y Deborah Pearsall, en su libro *The Origins of Agriculture in the Lowland Neotropics*,<sup>17</sup> abordan una parte de esa ruta evolutiva mediante un análisis comparativo de cinco regiones en las cuales la producción de alimentos se inició “hacia el 10000–8000 a.n.e.”: el suroeste de Ecuador, el valle medio del Cauca en Colombia, la Amazonia colombiana, el noroeste de Perú y el Pacífico central de Panamá. Dentro de ese conjunto, los primeros signos claros de agricul-



<sup>15</sup> David S. Webb, “The great American faunal interchange”, en Anthony G. Coates, *op. cit.*, 1997, p. 121.

<sup>16</sup> Francis Hours, *Las civilizaciones del paleolítico*, México, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 170.

<sup>17</sup> Dolores Piperno y Deborah Pearsall, *op. cit.*, 1998, p. 311.

tura de roza ocurrieron en el Pacífico central de Panamá a partir del 7000 a.n.e. Para la época, esa región sostenía considerables extensiones de bosque tropical estacional sobre suelos fértiles y una amplia y productiva zona estuarina, con lo cual parecen haber convergido en ella todos los factores necesarios para transformarla en “un área nuclear para los orígenes y el desarrollo de la producción de alimentos”.<sup>18</sup>

La cronología general de ese desarrollo puede establecerse a partir del 11000 a.n.e., cuando los paleoindios ya “explotaban y modificaban a un mismo tiempo el bosque tropical”, que formaba parte de un mosaico de vegetación “probablemente muy abierto en algunos lugares”. Esto permitía a los primeros pobladores del Istmo desplazarse por estos hábitats, “desde más arriba de la línea de árboles hasta el nivel del mar”, organizados en bandas muy dispersas en constante movimiento. Las siguientes generaciones produjeron instrumentos y métodos de caza mejor adaptados al ambiente del que dependía su existencia y los utilizaron para cazar “venados de cola blanca, pecaríes y otros mamíferos pequeños y veloces que habían evitado las extinciones de fines del Pleistoceno, además de una variedad de animales acuáticos mucho más amplia que la consumida actualmente”.<sup>19</sup> En el mismo proceso, además, debieron desarrollar un amplio dominio de la flora del Istmo, seleccionando un número cada vez mayor de plantas útiles y aprendiendo a manipular sus hábitats de manera directa e indirecta con la finalidad de estimular su reproducción, como parece haber ocurrido con la palma que produce el *pixbae*, rico en grasas y proteínas y de tan amplio consumo entre los habitantes del país actualmente.<sup>20</sup>

Alrededor del 9000 a.n.e. se perfiló una situación nueva: una población que habitaba en viviendas individuales y/o pequeños caseríos ubicados en los márgenes



<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 316.

<sup>19</sup> Richard Cooke, *op. cit.*, 1997, p. 142. Véase también, Richard Cooke, *op. cit.*, 2001.

<sup>20</sup> A pesar de esto, la población debió ser escasa y estar sujeta a frecuentes fluctuaciones, en la medida en que el proceso de crecimiento discurrió a través de “alternancias de periodos de crisis demográficas con épocas de auge relativo”. Para el caso de las bandas de cazadores–recolectores, por ejemplo, Omar Jaén Suárez plantea que aquel régimen alimenticio no hubiera podido sostener poblaciones muy extensas y, a partir de una densidad del orden de un habitante por cada cuatro a diez kilómetros cuadrados, estima una población del orden de 4 000 a 8 000 seres humanos en el Istmo. Omar Jaén Suárez, *op. cit.*, 1981a, p. 16.

nes de ríos y arroyos secundarios, practicaba ya el cultivo de zapallos, calabazas y tubérculos —como el lerén y el sagú— en pequeños huertos domésticos.<sup>21</sup> Entre el 7000 y el 5000 a.n.e. —durante el llamado periodo precerámico de la cronología cultural prehispánica de Panamá y, en coincidencia con un intervalo climático más seco que el actual—, se intensificó la agricultura de roza, poco después de la llegada del maíz. Al mismo tiempo, se inició un sustancial incremento en el número y tamaño de los asentamientos humanos, acompañado del uso, cada vez más intensivo, de recursos marino-costeros vinculados con los manglares (moluscos, cangrejos, peces), ante las crecientes dificultades para obtener cantidades adecuadas de proteína de origen terrestre.

Aunque las consecuencias demográficas de esta transición no pueden ser establecidas con facilidad, Omar Jaén indica que, en un primer momento, parecen haber ocurrido “descensos de población”, derivados quizá de “una pérdida parcial del dominio de las habilidades de la recolección —incluyendo caza y pesca— sin haber ganado, plenamente, el dominio de las técnicas fundamentales de la agricultura”.<sup>22</sup> A esto podrían agregarse dos factores: la disminución de la productividad de algunas actividades de recolección (debida a la simplificación de los ecosistemas que acompañó al desarrollo de la agricultura) y el impacto sanitario de este tipo de transiciones, que usualmente se traduce en un incremento sustancial de las enfermedades infecciosas y nutricionales.<sup>23</sup>



<sup>21</sup> Parece que el sagú y el lerén pertenecen a lo que probablemente haya sido una larga lista de plantas ricas en almidones y grasas que fueron de las primeras en ser cultivadas o, de alguna manera, intensamente manipuladas, pero cuya importancia como proveedoras de calorías decayó, debido a la disponibilidad y a la creciente importancia del maíz, la mandioca y otros cultivos que nos resultan más familiares en la actualidad. Actualmente, en Panamá pocos campesinos cultivan sagú o lerén, pero hablan del sagú como algo que tuvo mucha importancia en el pasado reciente. Dolores Piperno y Deborah Pearsall, *op. cit.*, 1998, p. 217.

<sup>22</sup> Omar Jaén Suárez, *op. cit.*, 1981a, p. 16.

<sup>23</sup> En su parte más evidente, la transición a la agricultura derivó en un empobrecimiento de la dieta, acarreado deficiencias en hierro y sobre consumo de carbohidratos, mientras que el paso a la vida en aldeas contribuyó al incremento de la difusión de enfermedades infecciosas —debido al contacto con desechos humanos y a la contaminación por esos desechos de las fuentes de agua y los alimentos, particularmente cuando estos eran almacenados en grandes cantidades y luego distribuidos a un amplio número de personas—, respiratorias y las transmitidas por vectores. En todos estos casos, además, las deficiencias nutricionales contribuían al agravamiento de la enfermedad y a la muerte. En este sentido: “La combinación de una sociedad compleja, crecientes divisiones

Este giro se acentuó entre el 5000 y el 3000 a.n.e., ya en el periodo cerámico inicial. Aparecieron plantas cultivadas que no habían sido registradas antes, como el maíz —que pudo haber comenzado a expandirse por la vertiente sur del Istmo antes del 5000— y la batata o papa dulce. Los asentamientos ubicados en la costa se hicieron más grandes y numerosos, inaugurando un importante cambio que condujo a la concentración en las tierras aluviales de los valles costeros hacia el 2000 a.n.e. El aumento de la agricultura parece estar relacionado con la permanente escasez de árboles primarios, la declinación de los bosques secundarios y el aumento de la vegetación herbácea, además, en el paisaje escasea incluso la vegetación leñosa secundaria. Para entonces, los periodos de barbecho tendían a reducirse y las poblaciones humanas, cada vez más numerosas, debieron encontrar crecientes dificultades para localizar tierra productiva y poder cultivar. Es posible que esto forzara a algunas de ellas a buscar lugares más fértiles cerca de la costa.

Del 3000 al 2000 a.n.e. empezó a utilizarse un sistema agrícola basado en el cultivo permanente de unas pocas plantas en los suelos aluviales de importantes ríos y arroyos litorales. Los cultivos, además del maíz, incluían plantas como la mandioca, algún tipo de ñame y probablemente calabazas de la especie *Calathea*. Los asentamientos primarios de la región se convirtieron en aldeas ocupadas por centenares de individuos y la base tecnológica muestra que la prioridad era la producción de alimentos: aparece la tecnología de piedra pulimentada utilizada para clarear los bosques de las riberas de los ríos, manos y metates reemplazan las piedras de moler más sencillas utilizadas en periodos anteriores, además de que la cerámica gana en calidad y en diversidad de formas.

De este modo, al comienzo de la era cristiana las aldeas estaban bien establecidas a lo largo de los cursos de agua que cruzan la llanura costera y el maíz era ya el cultivo dominante, lo que hizo de la vertiente del Pacífico central, “el área nuclear de la producción de alimentos y el desarrollo cultural en Panamá”. Todo ello condujo a una situación completamente nueva, caracterizada por poblaciones más



de clase, enfermedad epidémica e insuficiencias en la dieta agregaron sin duda las tensiones mentales a la lista de enfermedades”. George J. Armelagos, Kathleen C. Barnes y James Lin, “Disease in human evolution: the re-emergence of infectious disease in the third epidemiological transition”, en *AnthroNotes*, vol. 18, núm. 3, otoño, 1996, pp. 2-3. Véase también Suzanne Austin Alchon, “The great killers in precolumbian America: a hemispheric perspective”, en *Latin American Population History Bulletin*, núm. 27, otoño, 1997. [[www.hist.umn.edu/urmccaa/laphb/27fall197/laphb270.htm](http://www.hist.umn.edu/urmccaa/laphb/27fall197/laphb270.htm)]

numerosas que saturaban áreas circunscritas de buena tierra agrícola, asentamientos más densos y permanentes, y la creciente posibilidad de cosechas irregulares a partir de un número menor de plantas de alto rendimiento. Con ello, también “los procesos conducentes a la competencia, los conflictos sociales y la adquisición de estatus por relativamente pocos individuos —los prolegómenos de la ‘complejidad cultural’— entraron en movimiento”. Ese movimiento y sus consecuencias, definen la siguiente subfase de la historia ambiental del Istmo de Panamá.<sup>24</sup>

### **La formación y desarrollo de sociedades de agricultores–recolectores en vísperas de la conquista europea (5000 a.C.–1510 d.C.)**

Según Omar Jaén, “durante los dos últimos milenios antes de la Conquista (500 a.C. y 1500 d.C.)” el panorama cultural y demográfico del Istmo de Panamá ha sido el de “un mundo de concentraciones sedentarias, de grandes aldeas rurales, de cementerios importantes, de centros dedicados al intercambio de objetos y ¿por qué no, de hombres?” En ese mundo, añade, operaba “una correlación positiva entre el triunfo de la agricultura y el crecimiento demográfico”. Entre el 100 y el 500 d.C. la población de la vertiente del Pacífico aumentó con rapidez y se establecieron aldeas en los valles inferiores de ríos como el Tonosí, Santa María, Chico y Grande, a lo que se agrega el surgimiento de “tensiones sociales entre los hombres dentro de las mismas comunidades”.<sup>25</sup>

Múltiples evidencias sugieren que en la vertiente del Pacífico coexistieron dos patrones diferentes de organización espacial. Uno central, caracterizado por “concentraciones mayores, como las de Chirú, París y especialmente Natá, en donde Gaspar de Espinosa cuenta cerca de 1 500 habitantes que ocupaban entre 45 y 50 viviendas” y otro en Darién, de población dispersa a lo largo de los numerosos



<sup>24</sup> Dolores Piperno y Deborah Pearsall enfatizan, en sus conclusiones, que la evidencia ofrecida por el proceso de transición de la recolección a la producción de alimentos: “indica claramente que los cultivos de roza pueden sostenerse durante miles de años en bosques tropicales estacionales que crecen en suelos fértiles, y pueden soportar incrementos muy sustanciales de población a lo largo del tiempo [agregan que] aun así, las poblaciones en crecimiento parecen haber rebasado finalmente el potencial productivo de terrenos interfluviales sometidos a roza, y haberse trasladado a tierras aluviales del fondo de los valles”. Dolores Piperno y Deborah Pearsall, *op. cit.*, 1998, pp. 290-297.

<sup>25</sup> Omar Jaén Suárez, *op. cit.*, 1981a, p. 26.



cursos de agua.<sup>26</sup> Además de esas formas visibles, como en tantas otras áreas de América antes de la Conquista, había una compleja estructura de relación con el entorno natural, en la que el intercambio entre zonas ecológicas —los *pisos* del mundo andino, las *fajas* del tropical—, desempeñaba un importante papel en la vida de las poblaciones aborígenes.

Las diferencias en la base de recursos entre las vertientes Atlántica y Pacífica del Istmo —e incluso entre las regiones occidental y oriental de ésta última—, estimularon estrategias de adaptación y producción distintas. Éstas, a su vez, propiciaron intercambios constantes de productos complementarios como: la sal y el pescado salado —los proveedores eran quienes habitaban el litoral de Parita y los consumidores eran los agricultores del interior—, herramientas líticas —producidas a partir de yacimientos de alta calidad situados en la vertiente Atlántica de la cordillera central—, o artículos de prestigio como el oro que, a partir del 600 d.C., al decir de Richard Cooke, se transformó en “la mercancía de mayor atractivo para los jefes del Sur que deseaban demostrar su poderío y su riqueza”, al punto que el intercambio de la joyería de oro “se convirtió quizás en la principal actividad comercial de los cacicazgos de Panamá y Costa Rica”.<sup>27</sup> A esta interacción



<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>27</sup> Richard Cooke, *op. cit.*, 1997, p. 166. Alfredo Castellero, por su parte, plantea esta trama de relaciones en los siguientes términos: “uno de los rasgos comunes a estas comunidades era el intercambio de productos de la sierra con la costa y viceversa. Tanto en la Talamanca como en el occidente de Panamá existen tres grandes zonas ecológicas bien diferenciadas: la montaña de selva lujurante y lluvias continuas, la espaciosa sabana seca del Pacífico y la selva húmeda y de orografía empinada del Caribe. Debido a las marcadas diferencias de estas tres zonas, desde tiempos inmemoriales los pueblos indígenas que las habitaban fueron desarrollando una cultura material diferente, con sus productos característicos y sus propias necesidades, a medida que fueron adaptándose a las exigencias ambientales típicas de cada una [...] Pero el hecho de que estos pueblos tuvieran que enfrentarse a diferentes exigencias adaptativas los obligó a mantener frecuentes contactos entre sí, para intercambiarse productos que unos tenían pero otros no. De esa manera, cada grupo podía acceder a productos e información que se conseguían en un ambiente distinto al suyo. La propia configuración geográfica de los Istmos de Panamá y Costa Rica propiciaba estos intercambios transcordilleranos, ya que como los ríos que bajan de la cordillera siguen una dirección perpendicular a ésta, ‘las comunicaciones a pie son más fáciles subiendo un valle y bajando por el otro lado de la cordillera, que atravesando los valles profundos y quebrados de la misma vertiente’. Yo agregaría [...] que también en lugar de ir a pie podían usarse los ríos más caudalosos, ya que algunos solían navegarse en canoas hasta cerca de la misma divisoria de aguas, o en todo caso varias leguas al interior, pudiéndose de paso comerciar con los

contribuyó la configuración geográfica del Istmo, sobre todo en aquellos puntos en que pasos cordilleranos, relativamente accesibles, se combinaban con ríos caudalosos que fluían hacia el Norte y el Sur, respectivamente, como en las cuencas del Zaratí y el sistema Toabré–Coclé del Norte, en los valles de los ríos Caño Suicio, Indio y Chagres, vinculados con las regiones de Capira y Panamá, y en las rutas terrestres —que después recorrieron Vasco Núñez de Balboa y sus compañeros—, que vinculaban la actual comarca de Kuna Yala con los valles del Bayano y el Chucunaque–Tuira.<sup>28</sup>

Lo importante es que ambas vertientes constituían parte de un mismo tejido sociocultural en la estructura ambiental del Istmo antes de la conquista europea,



pueblos de las orillas”. Alfredo Castellero Calvo, *Conquista, evangelización y resistencia. ¿Triunfo o fracaso de la política indigenista?*, Panamá, Panamá, Instituto Nacional de Cultura, 1994, p. 295.

<sup>28</sup> Omar Jaén Suárez distingue, además, otras “tres vías más transitadas” en el Pacífico central: una de Natá al actual poblado de La Pintada, y de allí al río Cascajal, afluente del Coclé del Norte; otra, ya mencionada, del valle del Zaratí al del Toabré, y otra más que desde el Toabré se desvía al noreste, hasta alcanzar el río Indio. Más al Oeste, otra ruta del golfo de Montijo a Santiago de Veraguas, sigue el valle del Santa María hasta Santa Fe y pasa de allí al valle del Concepción en el Atlántico. Al Este, en el Darién, distingue una que va del golfo de San Miguel por el valle del Chucunaque y el Mortí, para ingresar al Atlántico por el valle del Cuadí, y la más corta, que va de la desembocadura del río Bayano, en el Pacífico, hasta el golfo de Mandinga en el Caribe. Todas estas rutas suponen atravesar la cordillera central por pasos de difícil topografía, situados entre 200 y 800 metros de altura. Véase Omar Jaén Suárez, *op. cit.*, 1998. De este modo, la prehistoria del Atlántico central incluye la posibilidad de la presencia de cazadores–recolectores en la cuenca superior del río Indio entre el 11000 y el 7000 a.n.e., así como de incursiones humanas en el curso superior del Coclé del Norte alrededor del 3000 a.n.e., —quizás originadas en la presión demográfica debida a la creciente eficiencia de los sistemas de producción de alimentos en el Pacífico central— que se tradujeron en un continuo crecimiento de la población hasta el momento de la conquista europea. Dolores Piperno y Deborah Pearsall, por su parte, indican que en el antiguo valle del río Chagres la agricultura de roza para el cultivo de maíz se inició hacia el 5000 a.n.e. y, hacia el 3200 a.n.e. el polen de árboles prácticamente había desaparecido en los registros del área. Véase Dolores Piperno y Deborah Pearsall, *op. cit.*, 1998. Por otra parte, aunque en aquel segmento Atlántico del complejo espacial prehispánico habrían predominado asentamientos humanos en forma de viviendas individuales y caseríos dispersos en las partes altas de las riberas de los ríos secundarios, la evidencia arqueológica y testimonios españoles del primer momento de contacto indican la existencia de poblados mayores, como La Peguera, en la cuenca del río Coclé del Norte, y Uracillo, en la del río Indio, que parecen corresponder a la categoría de aldeas con funciones de articulación de su entorno, en las cuales se ubican, además, obras de modificación del suelo con dimensiones que sugieren una organización social de cierta complejidad en el momento de su construcción.

que se articulaba, además, con intercambios entre Sudamérica y Centroamérica. A principios del siglo XVI, esa estructura se expresaba en los paisajes y conductas de la vertiente del Pacífico que Pascual de Andagoya describía de la siguiente manera:

[...] no había pueblos grandes, sino cada principal tenía en sus tierras tres ó cuatro casas, ó más, según eran, estas juntas y así á vista unas de otras: cada uno donde sembraba allí hacía su casa [en ese ambiente abundaban] venados y puercos diferentes de los de España que andan en grandes manadas [de modo que *los señores*] tenían sus cotos donde al verano iban a caza de venados, y ponían fuego a las partes del viento, y como la yerba era grande el fuego se hacía mucho, y los indios estaban puestos en parada donde había de ir a parar el fuego; y los venados como iban recogidos huyendo y ciegos del fuego el mismo fuego los llevaba a dar donde estaban los indios con sus tiradores con hierros de pedernal, y pocos se escapaban de los que venían huyendo del fuego. Otra caza no hay en aquellas Provincias sino es de volatería, que esta hay mucha de dos maneras de pavas y faisanes y tórtolas, y otras muchas maneras de aves: hay leones y tigres que hacían daño en la gente, y por ello tenían las casas muy cercadas y cerradas de noche. Hay en los ríos grandes pesquerías de muy buenos pescados: las arboledas tienen todo el año hoja verde y muy pocos árboles llevan fruta y con la que llevan se mantienen [...] Todas estas tierras [concluía Andagoya] son finas y llanas y muy hermosa tierra de muchos mantenimientos de maíz y ajíes y melones diferentes de los de acá, y ubas, yuca y muchas pesquerías en los ríos y en el mar, y caza de venados, y en esto las de Coyba y Cueva tienen lo mismo.<sup>29</sup>

Sin embargo, en ese espacio también operaban factores de violencia. Uno era el de la agricultura de roza que, tras someter durante siglos el bosque estacional a una presión demográfica creciente, daba lugar a la formación de ecosistemas de sabanas y de laderas inútiles para la producción de alimentos, pues estaban sujetas a erosión y desgaste. Otro, más evidente, se expresaba en el creciente uso de la violencia como recurso de encuadramiento social y de relación con grupos rivales. En esas regiones del Pacífico central había tendencias a formar cacicazgos cuyos



<sup>29</sup> Pascual de Andagoya, "Relación del Darién, Provincias Centrales y Chiriquí (1514–1541)", en Omar Jaén Suárez (comp.), *Geografía de Panamá*, Panamá, Panamá, Universidad de Panamá, 1981b, pp. 6–9.

señores, dice Andagoya, tenían “grandes diferencias y se mataban muchos”, puesto que eran “gente belicosa, porque siempre se tenían guerra unos señores con otros sobre los términos”.<sup>30</sup>

La guerra parece haber constituido un elemento central y constante en la cultura de las comunidades indígenas, “que les permitía acceder a una combinación de bienes materiales y otros que, si bien no eran tangibles, probablemente tenían mucho mayor atractivo, porque eran fuente de prestigio y garantizaban beneficios marginales en la esfera espiritual”, mediante el control de nuevos territorios y recursos, mujeres de los vencidos para “aumentar el tamaño de la comunidad, haciéndola más fuerte, respetada y rica, [y esclavos] para trabajar en las rozas, dejándole a los guerreros del clan tiempo para sus dos actividades preferidas, en primer lugar la guerra y luego, según las regiones, la caza o la pesca”.<sup>31</sup> De esas prácticas emergían sociedades estratificadas, en las cuales existían sitios de enterramiento diferenciados para quienes ocupaban las posiciones más altas de la estructura, además de desarrollar el culto a los antepasados.

De este modo, en vísperas de la conquista europea, los paisajes del Istmo expresaban el resultado de un proceso de desarrollo humano que desembocaba en una población organizada “en unas 79 tribus, con un promedio de entre 1 500 y 3 000 integrantes cada una”, que se relacionaban con el medio natural mediante un régimen mixto de agricultura de policultivo y recolección, y que “cubrían, sin duda, los mejores terrazgos del país”. En ese marco de relaciones:



<sup>30</sup> Dolores Piperno y Deborah Pearsall, *op. cit.*, 1998, p. 311. Para el antropólogo Marvin Harris, por otra parte, el cultivo de cereales como el trigo, el arroz y el maíz, que pueden ser almacenados durante periodos mucho más largos que los tubérculos, se constituyó en un importante factor de concentración de poder en manos de los hombres que controlaban el almacenamiento y la distribución de esos alimentos y contribuyó a iniciar los procesos de estratificación social que llevaron a la formación de las primeras organizaciones estatales. A esto agrega, además, otros factores. La población no sólo era numerosa, sino que debía estar *circunscrita*, esto es, confrontada a una falta de tierras no utilizadas a las que pudieran escapar quienes no estaban dispuestos a soportar impuestos, reclutamientos y órdenes. Esa circunscripción, por otra parte, no se definía únicamente en función de la extensión de tierra disponible, “sino que también dependía de la calidad de los suelos y de los recursos naturales y de si los grupos de refugiados podían mantenerse con un nivel de vida no inferior, básicamente, del que cupiera esperar bajo sus jefes opresores”. Marvin Harris, *Nuestra especie*, Madrid, España, Alianza Editorial, 2002, p. 349.

<sup>31</sup> Alfredo Castillero Calvo, *op. cit.*, 1994, p. 28.

Ningún poder superior parecía integrar esos cacicazgos y tribus a una organización que superase su propia autonomía y que cubriese todo el territorio ístmico o buena parte de él [...] Sólo en la región de las sabanas centrales, parecía esbozarse un inicio de articulación política más sólida, extensa y compleja, con jerarquías territoriales y políticas organizadas por señores principales y vasallos que no superaba, sin embargo, las regiones del Chirú al Este y de Escoria al Oeste. Los cacicazgos de Natá y Parita, los más importantes, parecían controlar a través de una decena de señores vasallos cada uno, otras tantas zonas de medios naturales variados y complementarios.<sup>32</sup>

### LA IRRUPCIÓN EUROPEA Y AFRICANA EN LOS ECOSISTEMAS DEL ISTMO (1510–1600 D.C.)

La información disponible indica que a la llegada de los europeos, el Istmo se encontraba “en una época de auge demográfico, como el resto del continente americano” y contaba con una población entre 250 000 y 500 000 habitantes<sup>33</sup> que, por el impacto de la conquista, se redujo a 15 000 indígenas aproximadamente a finales del siglo XVI.<sup>34</sup>

Tres factores parecen evidentes en este desastre. El primero, por supuesto, fue la violencia ejercida por los europeos, sobre todo en Panamá, donde la Conquista adoptó, entre 1520 y 1540, la forma de expediciones de saqueo y esclavización de los habitantes de los asentamientos del Pacífico suroeste, la región más rica y poblada del país. El segundo fue la desorganización de las estructuras sociales, la ruptura de los patrones culturales y la desarticulación de los sistemas de intercambio regional de los cuales dependía el funcionamiento de los mecanismos de



<sup>32</sup> Omar Jaén Suárez, *op. cit.*, 1981a, p. 43.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 29. Estas cifras, naturalmente, están sujetas a discusión, como lo hace el autor en su obra clásica posterior, *La población del Istmo de Panamá. Estudio de geohistoria*, en la cual, tras discutir diversas propuestas concluye que “Steward, aprobado por el zoogeógrafo Bennett, pretende que cerca de 225 000 aborígenes poblaban el Istmo hacia 1500”, e indica que tal evaluación, “aunque discutible”, le parece más razonable que las otras. Omar Jaén Suárez, *op. cit.*, 1998, p. 44. Charles Benneth, por su parte, creía que “esta población era suficiente para causar las modificaciones del medio natural de las cuales nos hablan muchos cronistas de la época”. Véase Charles Benneth, *Influencias humanas en la zoogeografía de Panamá*, Panamá, Panamá, Editorial Universitaria, 1976.

<sup>34</sup> Omar Jaén Suárez, *op. cit.*, 1998, p. 45.

producción de alimentos y de reproducción social.<sup>35</sup> Esta combinación de circunstancias desembocó en el tercer factor: una crisis sanitaria que actuó “como factor causal de un orden de magnitud superior, que por sí solo podría explicar un colapso demográfico como el que experimentó el continente”.<sup>36</sup>

En Panamá, y sobre todo en la vertiente del Pacífico central, esto se tradujo de inmediato en la escasez de fuerza de trabajo *explotable*. Ante esa situación, la importación de esclavos provenientes de otras regiones de América y África generó, desde una etapa muy temprana, la tendencia a hacer del Istmo, durante gran parte del nuevo ciclo histórico, un *territorio de inmigrantes*, tanto en las zonas de control español, como en el Darién y en la mayoría del litoral Atlántico.<sup>37</sup>

Dicha inmigración, además, incluyó la incorporación a los ecosistemas del Istmo de numerosas especies, algunas de las cuales llegaron a ser características de los paisajes panameños. Varias de ellas fueron aportadas por los europeos como el ganado vacuno y porcino, las aves de corral, el arroz, los cítricos y la caña de azúcar. Otras son de origen africano como el ñame, el banano, el coco y el café; y a ellas se añadieron posteriormente, otras de origen asiático como el mango, que se encuentra aún en un proceso inconcluso. Esto incluyó también especies indeseables como los microorganismos que ocasionaron las primeras grandes epidemias y otros de ingreso más tardío, como el parásito de la malaria *falciparum* y su vector o el virus de la fiebre amarilla, que llegaron al Nuevo Mundo mediante la trata de esclavos africanos.

Por otra parte, tras el sanguinario caos inicial, el Istmo fue objeto de un drástico reordenamiento territorial. El eje fundamental se desplazó hacia el complejo



<sup>35</sup> Alfredo Castillero Calvo señala que la conquista alteró dramáticamente “dos aspectos fundamentales en la organización de la vida material del indígena”: la poligamia y “la existencia de una lógica del espacio”, cuya alteración “cortó para siempre los patrones de intercambios tradicionales de los indios, o frenó, y en muchos casos mutiló definitivamente, la posibilidad de mantener la propia existencia de su cultura, al impedir la guerra, los desplazamientos estacionales, la caza o la pesca, y la adquisición de bienes por vía del comercio con los pueblos vecinos”. Alfredo Castillero Calvo, *op. cit.*, 1994, p. 29.

<sup>36</sup> *Ibid.*

<sup>37</sup> Omar Jaén Suárez, *op. cit.*, 1981a, p. 47. Agrega que tan solo “en el oeste panameño, hacia las montañas de Veraguas y Chiriquí–Bocas del Toro pareciera que la inmigración de indígenas después de la conquista no tuviese la importancia que en el resto del país, aunque se registran sensibles movimientos migratorios del Talamanca costarricense hacia el territorio panameño a lo largo de la época colonial”.

Panamá–Portobelo, puntos terminales del corredor interoceánico organizado en el valle del Chagres. Desde allí, y sobre todo a partir de la incorporación de Perú a la nueva red mundial de comercio —que tomó forma desde mediados del siglo XVI—, se fue articulando el resto del territorio, por inclusión o exclusión, en torno a la economía de tránsito, anunciando, de esta manera, el factor de larga duración más poderoso para organizar el espacio panameño desde entonces hasta la actualidad.

Esa articulación hacia el exterior tuvo, a su vez, mucha influencia en la organización interior del país. En el aspecto más evidente, los españoles concentraron su presencia en el corredor transístmico y en una franja que se extiende desde Chepo, al Este de la ciudad de Panamá, hasta Natá en el Oeste, con prolongaciones posteriores hacia Veraguas y después hacia la región de Alanje en Chiriquí. Toda la vertiente Atlántica y Darién se convirtieron en una periferia hostil que rodeaba al nuevo núcleo colonial por el Norte y el Este. En ese proceso desempeñaron un papel decisivo dos innovaciones aportadas por la Conquista: el ganado vacuno y caballar y el régimen económico y social estructurado en torno a la importación masiva de esclavos africanos.

La ganadería extensiva, en particular, se convirtió en el eje de los sistemas de producción de alimentos, desplazando a la agricultura a un papel complementario, relegando la explotación de los recursos marino–costeros a una situación marginal y ejerciendo un influjo cultural que trascendió con rapidez el ámbito de lo histórico para presentarse ante la sociedad que dependía de ella con la inercia inmovible de los hechos naturales. Esto fue posible, en gran medida, porque el ganado vacuno encontró y consolidó un nicho excepcionalmente favorable para su rápida multiplicación en las sabanas creadas a lo largo de los 2 000 años anteriores por la población aborígen, principalmente en las llanuras del centro y el Oeste del litoral Pacífico del Istmo. La multiplicación del ganado en esas sabanas, a su vez, contribuyó a preservarlas de una nueva expansión del bosque tropical —como la ocurrida en los valles del Tuira, el Chucunaque y el Bayano, al Este— y a iniciar el proceso de sobrepastoreo, compactación, erosión y deterioro ecológico que caracterizó esas sabanas en los siglos posteriores.

En su origen, ese proceso de expansión ganadera se remonta, al menos, a 1521 cuando la corona española accedió a la solicitud de Pedrarias Dávila, fundador de la ciudad de Panamá y conquistador del Istmo, para importar 50 reses desde las haciendas que poseía en Jamaica. Ese primer rebaño fue el núcleo inicial a partir del cual se desarrolló el ganado que posteriormente pobló los campos de Nicara-

gua y Perú. Hacia finales de esa década, el ganado vacuno ya era abundante en las sabanas cercanas a las ciudades de Panamá y Natá, al Oeste, donde la ganadería había encontrado mercado para sus productos en las explotaciones mineras del Atlántico noroccidental. A partir de mediados de la década de 1530, el descubrimiento y conquista de Perú creó una demanda que superaba las posibilidades existentes en Panamá, lo que derivó en la primera crisis ganadera en la historia del país. Esa crisis duró una década.

Para entonces, después de estabilizarse la producción, inició una época de notable crecimiento. El ganado fue tan abundante que, incluso con las exportaciones a Perú, la carne se convirtió en un alimento cotidiano para toda la población. Los cueros —que en la economía de la época desempeñaban muchas de las funciones que los plásticos desempeñan en la nuestra— y la grasa tenían mejor precio y encontraron un buen mercado en Perú. Hacia 1590, como consecuencia de que la oferta era mucho mayor a la demanda, los dueños del ganado optaron por destruir los rebaños mediante una matanza masiva de animales para aprovechar el cuero y la grasa, dejando perder la carne. Esto creó una crisis de tales proporciones que 20 años más tarde el número de reses en Natá era la mitad de lo que había sido en 1590. A pesar de eso, para mediados del siglo XVII la ganadería extensiva imperaba en las sabanas del centro y el suroeste de Panamá.<sup>38</sup>

Desde sus inicios, la ganadería constituyó una actividad económica organizada y dirigida por terratenientes de gran riqueza e influencia, como Diego de Almagro y Alonso de Luque, entre otros. Esta tendencia persistió de manera que, entre 1690 y 1710, por ejemplo, Rodrigo de Betancour, comisario real y gran personaje de la sociedad del Istmo, tenía 30 000 hectáreas, aproximadamente, en zonas ubicadas en las actuales provincias de Panamá y Coclé, mientras Antonio de Echevers y Subiza, probablemente el hombre más rico e influyente en el Panamá colonial, era considerado el más conspicuo de los terratenientes del Istmo. A principios del siglo XVIII la ganadería extensiva ya estaba muy desarrollada en diversas partes de la vertiente sur del país.

El grado y las formas de ese desarrollo, su papel en la formación de nuevos sistemas de producción de alimentos y las consecuencias que tuvo para el ambiente del Istmo, constituyen temas de gran interés para una historia ambiental de Panamá. Así, por ejemplo, las *Notas sobre agricultura y ganadería* escritas por



<sup>38</sup> Alfredo Castillero Calvo, *op. cit.*, 1994, p. 257.



Juan Franco hacia 1790, presentan un sistema de producción de alimentos de bajísimo nivel tecnológico, dependiente del uso y abuso de ventajas ecológicas perecederas. La ganadería, por ejemplo, era ejercida en amplios espacios abiertos, con un uso mínimo incluso de los corrales más sencillos y utilizando métodos tan bárbaros como el de forzar el destete de los terneros atravesándoles por las narices “un chuzo de caña brava de media vara de largo, a dos puntas”, que “hiere el vientre de la madre siempre que intenta acercársele para mamar”.<sup>39</sup>

El impacto acumulado de la ganadería extensiva sobre la sabana antrópica se expresa en la siguiente descripción de los efectos de la temporada seca:

La superficie de toda ella, principalmente en los llanos llega, en tan corto tiempo, a un estado de aridez y sequedad que admira principalmente por los meses de febrero y marzo. El pasto desaparece, casi del todo, y sólo se encuentran continuadas y profundas grietas que dificultan el tránsito a las caballerías sin riesgo de quebrarse las piernas. De los arroyos y quebradas solo queda el vestigio de su corriente, quedando solamente las mayores, y los ríos principales que suelen ser inaccesibles para el ganado que está algo distante.

Ante esa circunstancia, se aprovechaba el hecho de que “la Providencia ha dispuesto los grandes árboles que pueblan estas montañas, y no se despojan enteramente de su verdor por su espesura”, y se trasladaba el ganado hacia el piedemonte para que ramoneara hasta el regreso de las lluvias.

La descripción de las prácticas agrícolas es de un tenor semejante.

El plátano, maíz y arroz [dice Juan Franco] son los frutos que generalmente ministran el sustento a todas las poblaciones de este Reino [todos] se cosechan con grande abundancia y facilidad, porque siendo los labradores dueños de casi todo el terreno que ven, escogen el que les parece más a propósito para sus siembras.

El maíz figura de nuevo como un cultivo principal porque “les asegura el pan diario, y porque con él mantienen a otros animales domésticos que luego aprovechan”.



<sup>39</sup> Todas las citas a partir de aquí y hasta la siguiente nota, corresponden a Juan Franco, “Notas sobre agricultura y ganadería [1792]”, en Omar Jaén Suárez, *op. cit.*, 1981b, pp. 154-156.

El libre acceso a la tierra, por otra parte, estimulaba la continuidad de la vieja tecnología indígena de la roza, potenciada, además, con el uso de herramientas de metal: se cortaba con machete el sotobosque en enero, dejando intactos “los árboles corpulentos, que encuentran en aquellos montes, regularmente vírgenes”, para talarlos con machete y hacha en febrero, y se esperaba a que todo se secara antes de dar fuego en marzo:

[...] a todo el bosque de leña derribado [...] cuyo precio sería sin comparación mucho mayor si se atendiese al valor de los cedros, caobas y otras maderas preciosas que dejan por pábulo a las llamas, de que sólo aprovechan la ceniza, que sirve muy bien de abono para aquella tierra. Por ese mismo tiempo es mucho más sensible el calor en todo el Reino y la atmósfera se ve continuamente cargada de humo.

La siembra seguía el método indígena, utilizando “un asta de madera de dos varas de largo, en cuya extremidad está embutido un fierro parecido a un formón de dos y media pulgadas de ancho”, para abrir agujeros en la tierra, depositar en cada uno tres o cuatro granos y cerrarlos de nuevo en un solo movimiento “procurando que medie entre uno y otro sembrado, lo menos vara y media de tierra libre porque hallándose más espeso lo quema el sol por la falta de aire que lo circule cuando llega a crecer”.<sup>40</sup>

Este proceso de transformación ambiental sólo adquiere pleno sentido al vincular los procesos de cambio tecnológico con los ocurridos en las relaciones sociales, entre los cuales destaca, sobre todo, el surgimiento de la esclavitud como forma dominante de organización del trabajo en el Istmo entre los siglos XVI y XVIII. En 1575, Alonso Criado de Castilla anotó que la “gente de trabajo y de servicio son negros todos, porque de la gente blanca ninguno que sirba, ni se dé al trabajo, á cuya causa es grande la suma de negros que en este reyno están”. En efecto, eran muchos: 8 639 negros, de los cuales 5 839 eran esclavos y los demás horros o cimarrones, frente a 3 748 españoles y 950 indios. De ellos dependían el servicio doméstico en la ciudad de Panamá, la labor en las huertas, la conducción de “las recuas de mulas que andan en el camino de Cruces y de Nombre de Dios”, los hatos de vacas, la pesca de perlas, los trabajos de cantería y el de “las sierras y



<sup>40</sup> *Ibid.*

aserraderos de donde se saca la madera”, los “veinte y cinco barcos que llevan la ropa al río de Chagre”, el trabajo en las minas y, en la Villa Nueva de Los Santos, la labor en las rozas “do se coge maiz”. Trescientos eran libertos y no es extraño que los cimarrones pasaran “de dos mil quinientos”.<sup>41</sup>

### EL ISTMO EN EL MUNDO (1600–1850)

Tras las convulsiones del siglo XVI y el reordenamiento territorial del XVII, hacia el primer tercio del siglo XVIII el Istmo se encontraba fragmentado en tres grandes áreas. Reducido el Darién a la categoría de frontera militar distante y rotos los vínculos de intercambio existentes antes de la conquista entre las vertientes Pacífica y Atlántica —salvo en el eje Portobelo–Panamá—, tres cuartas partes del territorio del Istmo quedaron fuera del control colonial y, por lo tanto, fueron privadas del estímulo que, hasta principios del siglo XVI, representó el contacto permanente con el antiguo núcleo de desarrollo cultural del Pacífico central.

En la vertiente sur, en cambio, existía ya un largo tramo de territorio cuya población, aproximadamente 32 000 habitantes, se encontraba “profundamente hispanizada”, en el territorio que iba “desde las costas orientales de la península de Azuero, entre Las Tablas y aún más abajo, y se remontaba por la costa en dirección a Panamá, pasando por Los Santos, Parita, Santa María, Natá, Antón, Penonomé, Chame, Capira, Arraiján, y luego de llegar a la capital continuaba hasta Chepo”, incluyendo además “la ruta transísmica hasta Portobelo”. En el extremo opuesto, entre Santiago —capital de la provincia de Veraguas— y Alanje, “capital de partido y verdadero *finis terrae* colonial, la hispanización era fragmentaria y virtualmente limitada a los pocos poblados españoles que habían logrado sobrevivir a la Conquista”. Fuera de esa franja, se entraba a un mundo “inhóspito y virtualmente desconocido”.<sup>42</sup>



<sup>41</sup> Alonso Criado de Castilla, “Sumaria descripción del Reyno de Tierra Firme [1575]”, en Omar Jaén Suárez, *op. cit.*, 1981b, p. 25.

<sup>42</sup> Alfredo Castellero Calvo, *op. cit.*, 1994, pp. 311-315. Incluso en el corredor interoceánico, en dirección a Portobelo, por tierra, “se encontraban algunos [...] tambos o posadas, como Venta Chagres, San Juan, Pequení, Boquerón, que servían más bien de refugio para los que trajinaban la ruta transísmica [...] En el trayecto fluvial del Chagres, entre Cruces y el fuerte de San Lorenzo, en el Caribe, también se encontraban poblados ribereños, semejantes a los del camino a Portobelo, es decir, meras estaciones de descanso”.

A lo largo de la franja “no se establecen poblados con funciones portuarias o de pesca [...] ninguno de los pueblos y aldeas de la sabana se encontrará a menos de dos kilómetros del mar y lo más a menudo estarán situados a más de diez kilómetros tierra adentro”.<sup>43</sup> Con ello, los poblados de colonos españoles y sus clientelas de esclavos, los negros libertos e indios fueron situados “en la zona de paso del pastoreo de la estación de lluvias y el de la estación seca, es decir, en la línea de encuentro técnico y geográfico de la rotación espacial bianual de los ganados entre las dos partes esenciales del terrazgo pueblerino”, en la cual existían, además, “las condiciones óptimas para el cultivo del maíz”.<sup>44</sup> En cualquier caso, éste era un conjunto estable y en expansión. Así, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII la monarquía borbónica estableció en el Istmo una política de fronteras expresada en tres diferentes modelos de acción:

[...] el darienita, esencialmente militar y de colonización con inmigrantes europeos y colonos locales; el veragüense, dirigido a resistir a los mosquitos, de poblamiento y asimilación territorial con colonos locales mestizados, y un apéndice también de colonos, aunque africanos; y finalmente el chiricano, eminentemente misional, pero en cuyo plan se contempla una dinámica participación de los colonos, que se instalan en las recién creadas reducciones indígenas, activando el mestizaje y acelerando la integración del indio y la homogeneización de los territorios.<sup>45</sup>



<sup>43</sup> Hasta comienzos del siglo XX, esa franja fue interrumpida por “espesos bosques de galería de varios centenares de metros de profundidad”, aledaños a los numerosos cursos de agua que la cruzaban, así como por “los bosques tropicales en el área de Arraiján, Chorrera y de Chame, donde la cordillera central remata en el manglar casi directamente, y la espesa vegetación tropófila del área de colinas y pequeñas montañas que forman el espinazo de la península de Las Palmas que separan al Veraguas central de la provincia de Chiriquí”. Omar Jaén Suárez, *op. cit.*, 1998, p. 140.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 62. Sobre estas bases se constituyeron, al interior de la franja original y respondiendo en cada caso a factores específicos de alcance local, “cuatro regiones que en el interior funcionan con cierta autonomía: Alanje y luego David organizan la región rural con mayor personalidad al occidente de Chiriquí; Santiago también, aunque con menor vigor, articulará la periplanicie veragüense y los valles de la península de Las Palmas y de las alturas de la cordillera central en esa parte del país; Los Santos y luego Chitré tendrán la responsabilidad por la organización del espacio de la península de Azuero; Natá y después Penonomé articularán las sabanas de Coclé”. *Ibid.*, p. 168.

<sup>45</sup> Alfredo Castillero Calvo, *op. cit.*, 1994, p. 324.

El aislamiento, sin embargo, no implicaba ausencia de población, sino de control del Estado. Así, en las áreas del Atlántico centro occidental y del Darién persistieron formas de ocupación y organización del espacio que abarcaron desde asentamientos indígenas hasta quilombos de negros cimarrones, cuyas poblaciones pudieron presentar una tenaz resistencia a los intentos de las autoridades coloniales para someterlas a cierto control. En 1812, Juan Domingo Iturralde escribió, en sus *Noticias relativas al Istmo de Panamá*, que:

La Comandancia General de Panamá [...] confina al oeste con la Presidencia de Guatemala, el este con los indios bárbaros cunas o darienitas, y al norte y al sur con los mares de estos nombres y comprende los gobiernos de Panamá, Portobelo, Darién y Santiago de Veraguas, y la Alcaldía Mayor de Natá.<sup>46</sup>

Finalmente, hacia el nuevo núcleo central, al sur del eje Portobelo–Panamá, habían ocurrido otros cambios en el paisaje. Desde épocas tempranas, existió un amplio halo de deforestación en torno a la ciudad de Panamá creado por necesidades insaciables de madera para la construcción de viviendas, navíos, combustible, además de la necesidad de atender la demanda de alimento para el ganado y para las bestias de cargas dedicadas al acarreo de mercancías. En 1631, mucho antes de la destrucción de Panamá La Vieja y de la mudanza de la capital a las faldas del cerro Ancón en 1673, Diego Ruiz de Campos se refirió a esa elevación como “un cerro grueso i limpio de arboleda”.<sup>47</sup>



<sup>46</sup> Juan Domingo Iturralde, “Noticias relativas al Istmo de Panamá [1812]”, en Omar Jaén Suárez, *op. cit.*, 1981b, p. 159. Seis décadas después, la estructuración interna de ese espacio hacia el Oeste de la capital seguía siendo la misma que en el siglo XVII: las sabanas, decía Armand Reclus, “principalmente al lado S. de la línea que la cumbre traza, forman una banda bastante ancha entre los bosques de la costa y los que cubren las vertientes de la Gran Cordillera. Este terreno descubierto, que contrasta admirablemente con el inextricable laberinto que la selva virgen forma, produce en la estación de las lluvias algunas matas, aunque muy claras y de poca elevación”. Armand Reclus, “El Istmo de Panamá [1876–1878]”, en Omar Jaén Suárez, *op. cit.*, 1981b, p. 245.

<sup>47</sup> Del cerro Cabra, al Oeste, decía que “del se ha sacado mucha i buena madera de cedro, roble y guachapalí de que se han fabricado muchas buenas fregatas medianas, barcos y chinchos y hoy en día tienen mucha madera aunque es algo trabajosa de sacar por no tener cerca de si rio ni estero á donde la puedan llevar i echar pero con todo y eso quando es menester la sacan”. Diego Ruiz de Campos, “Relación sobre la costa panameña en el mar del Sur [1631]”, en Omar Jaén Suárez, *op. cit.*, 1981b, pp. 52 y 61. Hacia el Este, para 1875, Armand Reclus decía que las

De este modo, en vísperas del siglo XIX el territorio del Istmo estaba cubierto de bosques en más de 90% de su extensión, y poblado por unos 87 000 habitantes —cifra aún muy inferior a la del momento de la Conquista, que no fue igualada sino hasta la década de 1880—, de los cuales 20 000 residían en el eje transístmico y el resto en la franja que va de Panamá a Chiriquí, una proporción que se invirtió hasta la segunda mitad del siglo XX. La ruralidad del país era evidente y se expresa tanto en el plano de las técnicas de producción ya descritas, como en la existencia de una sociedad profundamente escindida, no sólo entre su centro y su interior sino también entre quienes dominaban y quienes eran dominados. Esa sociedad todavía tardó 50 años en abolir la esclavitud —aunque ésta declinó en importancia a lo largo del siglo XVIII—, pero había adquirido ya la impronta racista y clasista que caracterizó su desarrollo posterior.

También eran evidentes las tensiones internas propias de la cultura de la naturaleza existente en esa sociedad. Mientras los remanentes indígenas y los campesinos pobres veían en el entorno natural un medio de vida —y desde esa visión creaban un folclore animista de creciente riqueza y complejidad—, los terratenientes y comerciantes lo percibían desde la perspectiva del interés por la ganancia y a menudo tendían a considerarlo mezquino. Entre las múltiples expresiones del legado indígena, por ejemplo, destacaba la permanente disposición y capacidad de los pobres del interior para establecerse en las montañas en busca de una vida libre de tributos, jerarquías y exacciones. La tendencia a la dispersión de la población rural fue una pesadilla constante para los terratenientes y las autoridades civiles y eclesiásticas, pues una familia dotada de herramientas de metal podía sobrevivir en un régimen de agricultura y recolección tal como lo hicieran sus predecesores del neolítico, de manera que en esas condiciones no podían someter a control efectivo ni las tierras ni los recursos naturales de los amplísimos espacios marginales del Istmo.



orillas derechas del Bayano y del Mamóni estaban formadas por “extensas sabanas desiertas, de una monotonía desesperante [...] que llegan hasta el mismo Panamá, en las que se veían grandes rebaños, algunos de los cuales cuentan tres mil o cuatro mil cabezas, y cuya principal aplicación no es el aprovechamiento de las carnes, que casi no tienen valor alguno, dado lo corto de la población, sino las pieles, que forman una de las principales fuentes de riqueza, pues es el artículo que más sostiene el comercio de explotación, y a cambio del que se importan otros muchos productos necesarios para la vida”. Después, “la selva virgen, con su tupida y abundante vegetación”, cubría las llanuras y las montañas. Armand Reclus, *Exploraciones a los Istmos de Panamá y Darién en 1876, 1877 y 1878*, Panamá, Panamá, Publicaciones de la Revista Lotería, núm. 1, 1958, p. 200.

Esa cultura de la naturaleza incluía también un conocimiento de la flora y la fauna proveniente de una prolongada interacción con el bosque tropical. Por ejemplo, aunque los comentarios de los extranjeros que iban de paso por el país resaltaron con frecuencia lo que percibían como carácter hostil de la naturaleza tropical, John Lloyd, en sus *Notas referentes al Istmo de Panamá*, escritas entre 1827 y 1829, recogió de los habitantes del mundo campesino, los nombres, las características generales y los usos de 97 árboles —desde el Amarillo y el Amarillo de fruta, hasta el Ubero de montaña y el Yalla armadillo—, sólo en el valle del Chagres.<sup>48</sup>

Ese dominio de los espacios marginales, por otra parte, revela la presencia de una organización territorial subyacente, que no se corresponde con la de las estructuras de poder estatal. De este modo, frente al monopolio oficial del tránsito interoceánico por la ruta del Chagres, nunca dejaron de operar las otras rutas de intercambio transístmico que ya se usaban en el periodo anterior a la Conquista y que incluso siguen siendo utilizadas en nuestros días. Un estudio de historia oral del mundo campesino coclesano en la primera mitad del siglo XX, realizado por Marcela Camargo, ofrece abundantes testimonios de intercambio —comercial, pero también social y cultural— con la vertiente Atlántica a lo largo de rutas bien definidas recorridas a pie, utilizando caballos como animales de carga o en cayucos a lo largo de los ríos, que enlazaban pequeños asentamientos cuyos nombres tienen a menudo clara resonancia indígena —Tambo, Toabré, Sagrejá, Tulú y Tucué— y comunicaban a Penonomé con puntos tan distantes como Coclé del Norte y río Indio en jornadas que podían durar varias horas e incluso días. En relación con esto, según la autora, diversas referencias advierten la existencia de caminos que comunicaban con las tierras y costas del Norte:

Así lo asegura Don Ramón de Carvajal en su Informe de Visita de 1784 a varias ciudades del litoral Pacífico, entre ellas Penonomé. Además Felipe Pérez, en su *Geografía de Panamá*, explica que del río Coclé del Norte se podía llegar al Mar de Colón, en 10 horas. Don Héctor Conte Bermúdez en su artículo “La provincia de Coclé” se refiere a un camino de herradura que conectaba, en sesenta horas, a Penonomé con la costa Atlántica y un morador de Las Cuestas de Marica me dijo que desde esa comunidad se podía llegar a la costa. Estos comentarios no son de extrañar; pienso que no sólo hubo un trillo que comunicara con la costa Norte,



<sup>48</sup> John Lloyd, “Notas referentes al Istmo de Panamá [1827-1829]”, en Omar Jaén Suárez, *op. cit.*, 1981b, pp. 178-187.

sino varios, por muchas razones; una de ellas, que lo que hoy constituye la Costa Abajo de Colón fue parte de la Jurisdicción de Natá durante la Colonia y hasta 1880 constituyó territorio del Departamento de Coclé; como tal, estaban habitadas por los naturales, en sitios como Paguá, Calabazo, Potrellano, Picacho, Piedras Gordas, Cascajal, La Encantada, Río de Indios, Miguel de la Borda y Coclé del Norte; por otro lado, esas tierras también fueron escenario de la ruta de contrabando con los ingleses en el siglo XVIII. De igual manera hay quienes me han proporcionado datos sobre rutas tomadas especialmente para irse a asalariar en algunos poblados alrededor del Lago Gatún, como Cirí y Ciricito de los Sotos, en los años comprendidos entre 1930 y 1950 [...] Con esto quiero indicar que fue común la comunicación con tierras allende las montañas, o en sentido contrario, por razones de parentesco, para cultivar y obtener la comida, para asalariar o por motivo del comercio.<sup>49</sup>

Todo sugiere que en este primer balance resulta mayor la capacidad del mundo natural para forzar la adaptación de los humanos, que la de éstos para someter la naturaleza a su voluntad. Esa situación siguió operando en la mayor parte del territorio del Istmo hasta el siglo XX, cuando se abrieron finalmente a la colonización agroganadera los espacios hasta entonces marginales del Darién y del Atlántico occidental. El impulso para esa siguiente transformación llegó nuevamente de la zona de tránsito, dinamizada entonces por una tecnología, una cultura y unas formas de relación con el mundo natural sin precedentes en la historia del Istmo.

**D.R. © Guillermo Castro Herrera, México, D.F., julio-diciembre, 2006.**



<sup>49</sup> La lista de productos que recibía Penonomé por esas rutas puede parecer sorprendentemente larga. Incluía, dice Camargo, desde granos, frutas, verduras, maderas de construcción, sombreros, bellota, petacas, jabas, sogas y medicamentos caseros como el *chirri-chirri*, provenientes de las áreas más cercanas, hasta “arroz, café, caucho, pixbae, caraña hedionda, chutrú, manteca de mono, sombreros y puercos”, transportados desde zonas más distantes, cuyos habitantes sólo acudían a Penonomé “ocasionalmente, durante la celebración de algunas fiestas religiosas como el Viernes Santo en marzo o abril, Hábeas Christi en mayo o junio, la Santa Rosa para el 30 de agosto y la Inmaculada para el 15 de diciembre”. Marcela Camargo, *Producción y comercio en la sociedad rural de Penonomé durante los primeros cincuenta años de la República*, Panamá, Panamá, Universidad de Panamá, 2002, pp. 131 y 133, Colección del Centenario.